

§ IX.

De lo bello y lo deforme.

TEOD. — Saquemos la cuarta consecuencia de la proposicion precedente, y espliquemos en qué consiste la *belleza* ó la *deformidad* de las cosas. Esta materia lo ha sido de muy buenos discursos. Yo, sin despreciar el de ninguno, diré lo que entiendo. Primeramente, la *belleza* no es lo mismo que *bondad*; son cosas muy diferentes lo *bueno* y lo *bello* y *hermoso*. La *belleza* y la *hermosura* dicen respecto á los ojos, ó por decirlo mejor, dicen respecto al alma, cuando esta se sirve de los ojos. El agrado propiamente está en el alma y no en los sentidos, porque agradar ó desagradar es cosa que sigue á la sensacion. El agradar, pues, al alma alguna sensacion proviene de ser proporcionada á los sentidos. No obstante, como ya se dijo, debemos advertir que hay en el alma unas disposiciones primitivas que recibió de mano del Criador, y hay otras disposiciones adquiridas en fuerza del uso y la costumbre. Por esto debemos distinguir dos géneros de *belleza* y *hermosura*, la una constante, fundada en la *naturalidad*, y que siempre agrada; la otra, que es *inconstante* y se muda, y unas veces agrada y otras no. La *belleza* constante consiste en la congruencia con las disposiciones primitivas que el Criador puso en el alma; la *belleza* inconstante consiste en la congruen-

cia con las disposiciones que el alma ha adquirido, y actualmente están en ella. Pongamos ejemplos. El orden, la proporcion y la correspondencia, cuando no son nimias, siempre y en todas partes agradaron, así como siempre ofendió á los ojos el desorden y la desproporcion; pero las modas de vestir y tocar, y de otras mil cosas de este género, ya agradan, ya desagradan; la razon es porque el alma muda de disposicion. Viene una moda, y á veces parece ridicula y desagrada; despues de introducida ya el alma, á fuerza de ver muchas veces lo mismo, no se acuerda de la diferencia que hay entre ella y lo que anteriormente estaba acostumbrada á ver; y como en esta diferencia consistia la estrañeza y el horror, no se ofende ya de ver aquella moda; despues se acostumbra de tal modo que ya los ojos esperan aquello mismo, y si no lo ven estrañan, y viene á ser desagradable lo que algun dia gustaba; porque no es proporcionado hoy al alma lo que un año há la era proporcionado. Advierto, que tambien la *pasion* y la *autoridad* contribuyen para la *belleza*. Por esto muchas veces la misma persona, que aborrecida parecia fea, amada es gentil en extremo.

ETE. — No hay cosa mas verdadera; y yo confieso que me hallaba confuso discurriendo sobre esto, y no pudiendo entender como hacia el corazon mudanza en los ojos para que viesen de diverso modo el mismo objeto.

TEOD. — No es el corazon el que hace mudanza en los ojos, es la *pasion* la que hace mudanza en el alma, y entonces ya la parece agradable lo que tenia por desagradable y feo. Nosotros acostumbramos

mos á estender nuestro amor y nuestro odio cuando son grandes, sobre todo lo que está alrededor y cerca del objeto, que es término del odio ó el amor. Y así, si estimamos mucho á una persona todo en ella nos agrada : el modo, los vestidos, los criados, y hasta los perros de su estimacion nos agradan. Supongamos que cayó esa persona en desagrado, todo en ella es feo, todo indigno, todo merece odio, hasta sus parientes y criados, etc., son detestables. La conexion del objeto principal con los que le rodean les pega una especie de amabilidad, porque volviéndose el alma hácia aquel objeto, como que no puede volver la espalda á lo que tan cerca está de él. De este modo inclinándose y como cayendo hácia él se aficiona á todo lo que de algun modo halla unido con aquel objeto. Ved aquí el efecto de la pasion cuando es grande ; dispone el alma de forma que la es proporcionado este movimiento, que poco antes la era violento y desproporcionado.

EUG. — Todo eso lo tengo experimentado muchas veces en mí mismo.

TEOD. — Debeis pues como filósofo velar sobre vuestra pasion para no errar en los juicios. Mas prosiguiendo en nuestro punto, el otro principio de mudanza en cuanto á la belleza es la *autoridad*. Se respeta lo que hace una persona de respeto, y la pasion que tenemos á la persona respetada se comunica de ordinario á lo que ella usa y practica. La autoridad no muda los ojos para hacer bello lo que no lo era : muda la disposicion del alma, que es el juez de todo lo que dicen los sentidos, y aunque los ojos son los que ven, el alma es la que recibe la sen-

sacion, y la que se agrada ó desagrada del objeto. Sentada esta doctrina, se esplica fácilmente lo que en esta materia parecia extraordinario. Nosotros tenemos por circunstancia de la hermosura el cabello rubio, los ojos azules y el color blanco y rosado : en otras partes no sucede así. En Inglaterra y Holanda se estima como parte de la hermosura el cabello negro. En los tártaros es hermosura la nariz muy chata y pequeña. En los chinos es caracter de la hermosura tener los ojos pequeños y medio abiertos. En los negros trae consigo la hermosura el tener la nariz muy chata, los labios gruesos y largos y todo esto entre nosotros es fealdad.

EUG. — Yo tengo una esclava con la cara toda cruzada ; y examinando el motivo, supe que era en su pais una especie de afeite y adorno. Me admiré, y nunca creí que hubiese ojos de tan mal gusto que tuviesen por belleza lo que es sumamente horroroso á la vista.

TEOD. — No podemos culparlos sin que nosotros nos veamos rebatidos con algunos argumentos sin respuesta. ¿Cómo podríamos responder á quien se escandalizase de ver un rostro hermoso salpicado de señales negras, como algun dia se usaba en la corte? Al mismo tiempo que si alguna dama saliera fuera de casa con un borron de tinta en el rostro por no haberle visto se quedaria sumamente avergonzada : si naciese con alguna mancha natural, haria mil remedios para quitarla. Pero esta materia es odiosa, y tenemos otras mas importantes. Démosla por concluida con la conferencia, que ha si-

do bastante larga. Mañana entraremos en materias mas delicadas.

EUG. — Estas han servido de diversion, y me parecia que no se filosofaba mal.

SILV. — Yo á lo menos no he disputado con vosotros en ellas, y hoy salimos muy en paz.

TEOD. — Mañana puede ser que suceda lo contrario.



TARDE QUINQUAGÉSIMATERCERA.

DE LA GRANDEZA Y PEQUEÑEZ, PROPIEDADES TAMBIEN
COMUNES A TODAS LAS COSAS.

§ I.

De la grandeza y la pequeñez de la estension.

TEOD. — Como hablamos generalmente de todas las cosas y de sus propiedades, siendo una materia tan vasta, es preciso tratarla por partes para evitar la confusion; y así, amigos, por ahora no haré mas que ir continuando acerca de las propiedades generales ó casi generales de todas las cosas.

EUG. — Y ¿sobre qué propiedad hemos de hablar hoy?

TEOD. — Sobre la *grandeza* ó *pequeñez*. Ya en otro tiempo os dije que la grandeza era una idea respectiva, aunque parece absoluta: decimos que es grande un perro de cinco palmos por ser mayor que los regulares, y que es pequeño un caballo de